

Lo que sea de cada quien

Los *souvenirs* de Garibay

Vicente Leñero



Ricardo Garibay

Admiré siempre la prosa de Ricardo Garibay, su vigoroso estilo, aunque reprochaba quisquilloso su antipática fatuidad, la costumbre de descalificar en público a escritores famosos (Paz, Fuentes, García Márquez) y la enfermiza cleptomanía que lo llevaba a sustraer de los escritores de sus amigos objetos de valor. Él no los consideraba robos; se decía coleccionista de *souvenirs*, pepenador de recuerdos.

Un día me dijo:

—Ven acá Mezclas (me apodaba Mezclas). Mira lo que le expropié ayer a Rodolfo Echeverría —y extrajo de su bolsillo una hermosa figura de marfil traída de Sudáfrica.

En otra ocasión se llevó una pluma fuente del escritorio de Julio Scherer en *Excelsior*. En otra, un revólver del Indio Fernández. Y yo vi con mis propios ojos, una noche, cómo sacaba cínicamente una botella de Châteauneuf-du-Pape del departamento de Fausto Zapata.

Aunque me daba grima tal manía —ya lo dije— Garibay la compensaba a mi juicio con su calidad de escritor; sobre todo con la íntima humildad con que enfrentaba en sus libretas, frase tras frase, la dura batalla con las palabras de sus textos.

Cuando le dio por escribir obras de teatro solía telefonarme a medianoche para consultar tonterías: que si resulta excesivo poner a dialogar a cinco personajes

en una escena, que si el formato de teatro es idéntico al del guión cinematográfico, que si se puede utilizar como personaje a un narrador en vivo. Tonterías.

Una mañana se presentó en mi casa de improviso.

—Quiero ver al Mezclas —exigió.

Necesitaba leerme, dijo sin preámbulos, lo que llevaba escrito de *¡Lindas maestras!*

Al tomar asiento frente a mi mesa del estudio, advertí de soslayo, junto a la cajetilla de cigarros, el encendedor de Estela que yo solía usar en casa, solamente en casa. Era un encendedor de oro de veinticuatro quilates con un diminuto reloj incrustado. Más que por su valor económico, mi esposa lo apreciaba porque era un reloj de su padre, entrañable para ella. De súbito, con un impulso defensivo, pensé en esconderlo bajo los papeles, guardarlo en el bolsillo, meterlo dentro de un libro, pero me distraje por la lectura en voz alta que de inmediato inició Garibay, con la brillante dicción de un actor profesional.

Tardamos un par de horas en el rito: él en leer algunas escenas; yo en felicitarlo por el arranque de su obra y en hacerle observaciones críticas que escuchó y aceptó con la atención de un principiante.

Hasta que Ricardo se fue de la casa recordé el encendedor de oro. ¿Dónde está, carajo, dónde está? Lo busqué entre los papeles, en mis bolsillos, debajo de la mesa. Era evidente, obvio, ¡estúpido de mí! Estela no volvería a ver jamás el encendedor que le regaló mi suegro.

Imaginé a Garibay alejándose en su Volkswagen. La izquierda en el volante. La derecha accionando la chispa del mechero para encender un cigarrillo. Su sonrisa victoriosa de cleptómano irredento.

—Pinche Garibay. **U**